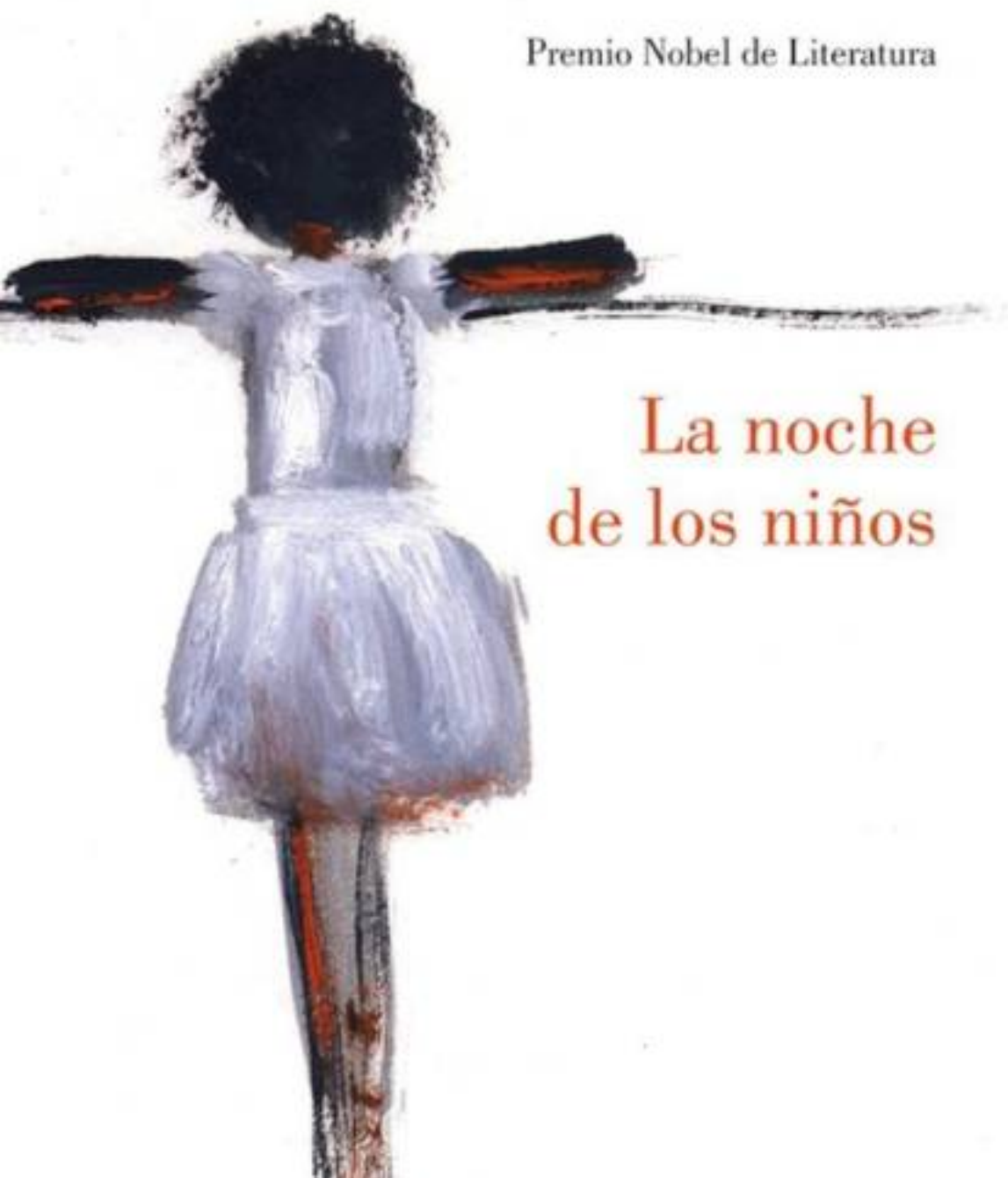


Toni Morrison

Premio Nobel de Literatura



La noche
de los niños

«No es culpa mía. A mí no pueden acusarme. Yo no hice nada y no tengo ni idea de cómo pasó. Una hora después de que me la sacaran de entre las piernas ya me había dado cuenta de que había un problema. Un problema grave. Era tan negra que me asustó. Un negro del color de la medianoche...».

Quien habla es la madre de Bride, una niña que ha heredado de sus ancestros un color de piel tan negro que sorprende a toda su familia, de piel clara, y provoca el abandono del padre.

Pasados los años, la chiquilla se ha transformado en una hermosa empresaria de éxito, pero la alargada sombra de la infancia planea sobre su vida adulta y la de su pareja. Un buen día y sin explicación alguna, Bride asiste impotente al abandono de Booker, el hombre al que ama. Otra vez el rechazo, otra vez la culpa... y por fin una viaje iniciático en busca de la redención, que solo llegará cuando en la negrura asome el verdadero yo de Bride.

Para ti

Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impedáis

LUCAS 18:16

PRIMERA PARTE

Sweetness

No es culpa mía. A mí no pueden acusarme. Yo no hice nada y no tengo ni idea de cómo pasó. Una hora después de que me la sacaran de entre las piernas ya me había dado cuenta de que había un problema. Un problema grave. Era tan negra que me asustó. Un negro medianoche, un negro sudanés. Yo soy de piel clara, con pelo del bueno, lo que se llama «amarillo subido», igual que el padre de Lula Ann. En mi familia no hay nadie que tenga ni remotamente ese color. Lo más parecido que se me ocurre es lo que llaman «alquitrán», pero el pelo no se corresponde con la piel. Es distinto: liso pero con movimiento, como el de esas tribus de Australia que van desnudas. Podrían pensar que es la huella de un antepasado, pero ¿qué antepasado? Tendrían que haber visto a mi abuela; decidió pasar por blanca y no volvió a dirigir una palabra a ninguno de sus hijos. Todas las cartas que recibía de mi madre o de mis tías las devolvía automáticamente, sin abrir. Al final entendieron el mensaje de que no quería mensajes y la dejaron en paz. En tiempos lo hacían casi todos los mulatos y los cuarterones..., si tenían el pelo que hay que tener, claro. ¿Por las venas de cuántos blancos correrá y se esconderá sangre negra? Adivinen. Por las del veinte por ciento, según he oído. Mi propia madre, Lula Mae, podría haber pasado por blanca sin problemas, pero no quiso. Me habló del precio que había pagado por esa decisión. Cuando fue con mi padre al juzgado a casarse había dos Biblias y tuvieron que poner la mano en la de los negros. La otra estaba reservada para las

manos de los blancos. ¡La Biblia! ¿Han visto cosa igual? Mi madre era criada de un matrimonio blanco. Se comían todo lo que les preparaba y se empeñaban en que les frotara la espalda cuando se bañaban, y vete tú a saber qué otras cosas íntimas la obligaban a hacer, pero tocar la misma Biblia no. Eso no.

Puede que a algunos de ustedes les parezca mala idea que nos agrupemos según el color de la piel (cuanto más clara, mejor) en clubes sociales, barrios, iglesias, hermandades universitarias e incluso colegios para niños de color. Pero, si no, ¿cómo vamos a conservar algo de dignidad? Si no, ¿cómo evitas que te escupan en la farmacia, que te den codazos en la parada del autobús, eso de andar por la cuneta para que los blancos tengan la acera para ellos solos, o que al ir a la compra te cobren cinco centavos por una bolsa de papel que para un blanco es gratis? Por no mencionar los insultos. He oído hablar de todo eso y de mucho, mucho más. Pero a mi madre, debido al color de su piel, no le impedían probarse sombreros en los grandes almacenes ni ir al servicio. Y mi padre podía probarse los zapatos en la parte delantera de la zapatería, no en la trastienda. Ninguno de los dos se rebajaba a beber de una fuente «para gente de color» aunque se murieran de sed.

No me hace ninguna gracia decirlo, pero la niña, Lula Ann, me hizo pasar vergüenza ya desde un principio, allí en la maternidad. Al nacer tenía la piel clarita, como todos los recién nacidos, incluidos los africanos, pero enseguida cambió. Cuando empezó a ponerse de un negro azulado delante de mis propios ojos, creí que estaba enloqueciendo. Sé que sí, que una vez enloquecí un instante (apenas unos segundos), le tapé la cara con una manta y apreté. Pero no era capaz de una cosa así, por mucho que no me gustara que hubiera nacido con ese color tan tremendo. Hasta me planteé entregarla a un orfanato. Y me daba miedo ser una de esas madres que abandonan a sus hijos a la puerta de una iglesia. Hace poco oí hablar de un matrimonio alemán,

blanco como la nieve, que tuvo un niño con la piel morena sin que nadie se lo explicara. Eran gemelos, creo: uno blanco y el otro de color. Pero no sé si es verdad. Lo que sí sé es que, para mí, darle el pecho era como tener la caricatura de una negrita, como las de los cuentos, chupándome el pezón. Me pasé al biberón en cuanto llegué a casa.

Mi marido, Louis, era maletero, y cuando volvió de la estación me miró como si de verdad estuviera loca, y a ella como si fuera del planeta Júpiter. No era de los que dicen tacos, así que, cuando gritó: «¡Mierda! Pero ¿qué coño es eso?», me di cuenta de que se avecinaba una tormenta. Ese fue el problema, lo que provocó las peleas entre los dos. Hizo añicos nuestro matrimonio. Pasamos juntos tres años buenos, pero cuando nació Lula Ann a mí me echó la culpa y a ella la trataba como a una desconocida; peor aún, como a una enemiga.

Louis nunca la tocaba. No conseguí convencerlo de que jamás había tonteado con otro hombre. Estaba convencidísimo de que mentía. Discutimos un montón hasta que le dije que la negrura de la chiquilla debía de venir de su familia, no de la mía. Aquello fue peor, hasta el punto de que se largó sin más y tuve que buscarme otro sitio más pequeño y más barato para vivir. No era tan tonta como para llevármela cuando iba a ver a los caseros; la dejaba con una sobrina adolescente para que la cuidara. Hacía las cosas lo mejor que podía y, en realidad, no la sacaba mucho, porque cuando la paseaba en el cochecito los amigos o los desconocidos se agachaban y echaban un vistazo para decir algo bonito y entonces pegaban un respingo o se apartaban y luego torcían el gesto. Era muy duro. Yo podría haber sido la canguro si hubiéramos intercambiado el color de la piel. Ya era bastante difícil de por sí para una mujer de color (aunque ese color fuera un amarillo subido) tratar de alquilar algo en un barrio aceptable. En los años noventa, cuando nació Lula Ann, la ley ya prohibía discriminar a posibles inquilinos, aunque no había muchos caseros que

acataran las reglas. Se inventaban motivos para darte con la puerta en las narices. Pero con el señor Leigh tuve suerte. También es verdad que subió el alquiler siete dólares con respecto al anuncio y que si pagabas un minuto tarde se ponía hecho un basilisco.

La enseñé a llamarme «Sweetness», Dulzura, en vez de «mamá». Así no corríamos riesgos. Con lo negra que era, si me llamaba «mamá» con esos labios, que a mí me parecen demasiado gruesos, la gente habría pensado cualquier cosa. Además, tiene los ojos de un color raro, negro azabache con un punto de azul, como de bruja.

Total, que estuvimos las dos solas durante una larga temporada y no hace falta que les diga lo difícil que es ser una mujer abandonada. Supongo que Louis se sintió un pelín culpable después de dejarnos de aquella manera, porque al cabo de unos meses descubrió dónde vivía y empezó a mandarme dinero una vez al mes, aunque yo nunca se lo pedí y no fui a ver a un juez para reclamarlo. Gracias a sus giros postales de cincuenta dólares y a mi trabajo por las noches en el hospital, Lula Ann y yo pudimos dejar de recibir prestaciones sociales. Un paso adelante. Ojalá dejaran de llamarlas «prestaciones sociales» y volvieran a como se decía cuando mi madre era niña. En aquella época era el «auxilio social». Queda mucho mejor, como si te auxiliaran, como si te echaran una mano durante un tiempo, mientras te organizas. Además, esa gente que trabaja en la asistencia social es más mala que la quina. Cuando por fin encontré trabajo y dejé de necesitarlos, ganaba un dinero que ellos no habían visto ni en pintura. Supongo que compensaban con mala baba lo poco que cobraban y que por eso nos trataban como si fuéramos pordioseras. Sobre todo cuando miraban a Lula Ann y luego a mí; como si fuera una estafadora o algo así. Las cosas mejoraron, pero de todos modos tenía que andarme con cuidado. Tenía que educar a la niña con mucho cuidado. Me tocó ser estricta, muy estricta. A Lula Ann le hacía falta aprender a comportarse, a

bajar la cabeza y a no meterse en líos. Me da igual la de veces que se cambie el nombre. Ese color de piel es una cruz con la que tendrá que cargar toda la vida. Pero no es culpa mía. No es culpa mía. No es culpa mía. No.

Bride

Tengo miedo. Me está pasando algo malo. Me da la sensación de que desaparezco. No puedo explicárselo, pero sí puedo contarles cuándo empezó. Fue después de que me dijera:

—No eres la mujer que quiero.

—No, claro —contesté.

Todavía no sé por qué dije eso. Me salió solo. Y cuando oyó esa respuesta descarada me dirigió una mirada de odio y se puso los vaqueros. Entonces agarró las botas y la camiseta y cuando oí el portazo me pregunté durante una décima de segundo si en realidad no solo estaba dando por terminada aquella pelea tonta, sino también lo nuestro, nuestra relación. No podía ser. En cualquier momento oiría que la llave giraba y la puerta se abría y cerraba con un chasquido. Pero no oí nada en toda la noche. Nada de nada. ¿Qué? ¿No soy lo bastante interesante? ¿Ni lo bastante guapa? ¿No puedo pensar por mi cuenta? ¿Hacer cosas que no le parezcan bien? Por la mañana, nada más despertarme, ya estaba furiosa. Encantada de que se hubiera ido, porque estaba claro que solo le interesaban mi dinero y mi entropierna. Estaba de tan mal humor que, si me hubieran visto, habrían creído que los seis meses que habíamos estado juntos los había pasado en un calabozo sin ver a un abogado y sin que me dijeran de qué me acusaban, y de repente el juez lo había anulado todo, había desestimado el caso o directamente se había negado a escuchar una sola palabra. En fin, me negué a lloriquear, a lamentarme o a

lanzar acusaciones. Él había dicho una cosa; yo le había dado la razón. A tomar por culo. Además, nuestra historia tampoco había sido tan estupenda, ni siquiera el sexo moderadamente temerario del que yo me permitía disfrutar. En resumen, no tenía nada que ver con esas dobles páginas de las revistas de moda, sí, esas en las que salen parejas medio desnudas a la orilla del mar con cara de pocos amigos, casi de mala uva, y su sexualidad es como un relámpago y el cielo se oscurece para destacar el brillo de su piel. Me encantan esos anuncios. Pero lo nuestro ni siquiera estaba a la altura de las canciones de *rhythm and blues* de toda la vida, de esos temas con el compás pensado para dar fiebre. Ni siquiera era como la letra empalagosa de un *blues* de los años treinta: «Cariño, cariño, ¿por qué me tratas así? Hago todo lo que dices, voy a donde quieres que vaya». No sé muy bien por qué no dejaba de compararnos con fotos de revistas y con canciones, pero me hizo gracia acabar identificándonos con *I Wanna Dance with Somebody*.

Al día siguiente llovió. Un repiqueteo contra las ventanas seguido de estrías de agua cristalina. Reprimí la tentación de echar un vistazo a la acera. Además, ya sabía lo que había ahí fuera: una hilera de palmeras feísimas a ambos lados de la calle, los bancos de ese parquecito tan hortera, pocos peatones o incluso ninguno, una franja estrecha de mar muy a lo lejos. Me resistí a rendirme al más mínimo deseo de que volviera. Cuando apareció el leve hormigueo de la añoranza, lo rechacé. Hacia las doce abrí una botella de pinot grigio y me dejé caer en el sofá; los cojines de ante y seda eran igual de acogedores que el mejor abrazo. O casi. Porque tengo que reconocer que es un hombre muy atractivo, perfecto incluso, salvo por una cicatriz pequeñita en el labio superior y otra bastante fea en un hombro, un borrón de un naranja rojizo con cola. Por lo demás, es un bombón, de la cabeza a los pies. Yo tampoco estoy nada mal, así que imagínense si hacíamos buena pareja. Después

de una o dos copas de vino estaba un poco achispada y decidí llamar a mi amiga Brooklyn para contárselo. Para contarle que con seis palabras me había atizado más fuerte que con un puñetazo: «No eres la mujer que quiero». Me habían hecho perder los nervios hasta el punto de darle la razón. Qué idiota. Pero luego cambié de opinión y no la llamé. Ya saben cómo son esas historias. Nada nuevo. El se había largado y yo no sabía por qué. Además, en aquel momento me estaban pasando demasiadas cosas en la oficina para molestar a mi mejor amiga, y compañera de trabajo, para cotillear sobre otra ruptura más. Y menos ahora. Me han nombrado directora regional, que es como ser el capitán del barco, así que tengo que mantener una relación adecuada con la tripulación. Sylvia, Inc. es una empresa de cosméticos pequeña, pero está empezando a despuntar y a llamar la atención, por fin, tras una trayectoria desangelada. En los años cuarenta se llamaba Sylph Corsets for Discriminating Women y vendía eso, corsés de sílfide para mujeres refinadas, pero cambió de propietario y de nombre para convertirse en Sylvia Apparel y luego quedarse en Sylvia, Inc., antes de volverse lo más moderno del mundo con seis líneas de cosméticos estupendas, entre ellas la mía. La bauticé YOU, GIRE. Vendemos «cosméticos para tu milenio particular». Se dirige a mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, de cualquier tono de piel, desde el ébano hasta la leche pasando por la limonada. Y es mía, mía y de nadie más: la idea, la marca, la campaña.

Me puse a menear los dedos de los pies debajo del cojín de seda y no pude contener una sonrisa al ver la marca del pintalabios en la copa: «¿Qué te parece, Lula Ann? ¿Quién te iba a decir a ti que acabarías estando así de buena o triunfando así en el trabajo?». A lo mejor él quería una mujer como esa. Pero Lula Ann Bridewell ya no está entre nosotros y, además, no llegó a ser una mujer. Lula Ann era yo a los dieciséis años, pero nada más acabar la secundaria me quité de encima ese nombre tan ridículo y tan paleta.

Fui Ann Bride durante dos años hasta que me presenté a una entrevista para trabajar en ventas en Sylvia, Inc. y tuve una corazonada: me quedé solo con Bride, sin que nadie tenga que decir nada ni antes ni después de esa sílaba memorable. A los clientes y a los comerciales les gusta, pero él ni caso. Casi siempre me llamaba «cariño». «Eh, cariño», «Vamos, cariño». Y a veces decía: «Eres mi chica», aunque ahí lo importante era el posesivo. La única vez que la palabra «mujer» salió de sus labios fue el día que se largó.

Cuanto más vino blanco bebía, más me alegraba de haberme librado de él. Ya estaba bien de perder el tiempo con un tío tan misterioso, sin oficio ni beneficio. El típico ex presidiario, desde luego, aunque cuando me metía con él y le preguntaba qué hacía cuando me iba a trabajar se echaba a reír: ¿vegetaba?, ¿deambulaba por las calles?, ¿quedaba con alguien? Según él, cuando los sábados por la tarde se iba al centro no era para presentarse ante el agente de la condicional ni ir a terapia de desintoxicación. Pero nunca me dijo a qué se dedicaba. Yo se lo contaba todo de mí y él no me hacía ninguna confianza, así que me inventaba historias de serie de televisión: era un confidente que había cambiado de identidad, un abogado inhabilitado. A saber. En realidad, me daba igual.

La verdad es que no podía haberme dejado en mejor momento. Había salido de mi vida y de mi casa, y eso me permitía concentrarme en el lanzamiento de YOU, GIRL y en otra cosa igual de importante: cumplir algo que me había prometido mucho antes de conocerlo, algo sobre lo que discutimos la noche en que dijo lo de «No eres la mujer...». Según el calendario de salidas en libertad condicional de prisoninfo.org, había llegado el momento. Llevaba un año preparando aquel viaje y había elegido con cuidado lo que podía necesitar alguien al salir de la cárcel: había ahorrado cinco mil dólares en efectivo a lo largo de varios años y había comprado un cheque regalo de tres mil más para Continental Airlines. Y además metí un lote de pro-

ductos de YOU, GIRL en una bolsa de Louis Vuitton nuevita. Con todo eso podía ir a donde quisiera. O al menos consolarse; la ayudaría a olvidar y a aliviar la mala suerte, la desesperación y el aburrimiento. Bueno, lo del aburrimiento quizá no: la cárcel no es un convento. Él no entendía que me empeñara en ir y la noche en que nos peleamos por mi promesa fue cuando se largó. Supongo que verme hacer una buena acción que no tuviera que ver con él le pareció una afrenta para su orgullo. Qué egoísta, el muy hijo de puta. El alquiler lo pagaba yo, no él, y a la asistenta también. Cuando salíamos, a una discoteca o a un concierto, íbamos en mi Jaguar estupendo o en coches que alquilaba yo. Le regalaba unas camisas preciosas (aunque no se las ponía nunca) y siempre me encargaba de hacer la compra. Además, las promesas son sagradas, sobre todo cuando le las haces a ti mismo.

La primera cosa rara la noté cuando me vestí para ir a coger el coche. No me quedaba nada de vello púbico. No era como cuando te lo afeitas o te lo depilas con cera: había desaparecido sin más, como si nunca hubiera existido. Me entró miedo y me pasé la mano por el cuero cabelludo para ver si se me estaba cayendo el pelo, pero lo tenía tan recio y sedoso como siempre. ¿Una alergia? ¿Una enfermedad cutánea, quizá? Me preocupaba, pero no era el momento, no había más remedio que aguantar los nervios y pensar en ir a ver a un dermatólogo. Tenía que salir ya si quería llegar a tiempo.

Supongo que a otra gente le gustará el paisaje que se ve desde esa autopista, pero hay tal cantidad de carriles, salidas, carreteras paralelas, pasos elevados, señales de tráfico y advertencias que es como si te obligaran a leer el periódico mientras conduces. Un agobio. Además de los avisos de niños desaparecidos, en los tableros electrónicos iban apareciendo otros de ancianos también desaparecidos, de gente de cualquier edad. Me quedé en el carril de la derecha y reduje la velocidad, porque de otras veces sa-